

zos de Moret, ministro de Ultramar. Los voluntarios de Cuba eran implacables: aclamaron al general Dulce y se obstinaron en fusilar a los estudiantes.

¿Cómo fué?

Voy a copiar una página de la *Historia de España* del Benemérito D. Juan Ortega y Rubio:

Éra gobernador civil de La Habana Don Dionisio López Roberts, y desempeñaba funciones de capitán general, por hallarse en operaciones el conde de Valmaseda, el segundo cabo D. Romualdo Crespo. Porque algunos estudiantes—según decían—habían profanado el 23 de noviembre de 1871 el sepulcro de D. Gonzalo de Castañón, fundador del periódico *La Voz*, de Cuba—profanación que consistía en haber hecho tres rayas en el cristal que cubría la lápida de dicho sepulcro—, se abrió proceso, a instancias de López Roberts, de D. José Trías, director a la sazón de *La Voz*; del capitán de voluntarios D. Felipe Alonso y de otros varios de este mismo Cuerpo.

Declaró D. Mariano Rodríguez, capellán del cementerio, que no sabía cuando ni quién había hecho las rayas en el cristal.

Un motín se enseñoreó de las calles de La Habana, pidiendo la cabeza de los traidores a la patria. Una comisión de voluntarios, en representación de todos los batallones, visitó al General Crespo, obligándole a que, arrancando el proceso de los estudiantes del poder de la justicia civil, lo entregase a un Consejo de guerra.

Con efecto, así se hizo. Después de leer el atestado hecho por el gobernador civil, el capitán D. Federico R. Capdevilla, encargado de la defensa de los acusados, demostró con pruebas irrecusables que aquellos cuarenta y cuatro jóvenes eran inocentes. El Consejo, temeroso de la actitud del populacho, condenó a los cuarenta y cuatro estudiantes a la pena de arresto mayor y multa, conforme disponía el Código penal, puesto que se trataba de violación de sepultura.

No conformaron los voluntarios, y pidieron su revisión por otro Consejo, accediendo a esta demanda el débil general Crespo.

El nuevo Consejo, bajo la presidencia del coronel D. Alejandro Jaquetó, compuesto de seis vocales del Ejército y nueve de los voluntarios, condenó a muerte a ocho estudiantes, y a diferentes penas a los demás. El capitán general aprobó aquella sentencia injusta e inhumana. La Prensa de América y de Europa condenó enérgicamente la conducta de las autoridades de La Habana.

No recuerdo esa negra, infame página de la historia colonial de España para dirigir a una nación americana el imás eres tú! Lo recuerdo para lección y escarmiento. Los que por patriotas cometieron aquel crimen son hoy execrados por España y justifican con aquel su crimen la independencia de Cuba. Los que por religiosidad han cometido el crimen de Lima son más heréticos y blasfemos que los energúmenos relapsos achicharrados por la Inquisición.

De Pliatos actuó en España el pobre general Crespo; de judíos deicidas, los

voluntarios; de fariseo, aquel gobernador civil, y no tiene tipo comparable en la pasión el vindicador del honor de España, el militar D. Nicolás Estévez, que, avergonzado por aquel crimen *empapelado* a lo legal, rompió su espada, esgrimida en la guerra de Africa, y pidió el retiro.

Sospechamos que el Perú habrá tenido varios López Roberts. Dudoso que pueda enorgullecerse con un hombre como nuestro Nicolás Estévez; nuestro y de todos los hombres de bien.

ROBERTO CASTROVIDO

(*La Voz*, Madrid).

Unamuno en Yanquilandia

(HACIA UNA VERDADERA COMPENETRACION DE CULTURAS)

DESPUÉS de ese gran desesperado del pensamiento y terrible lógico en la acción que fué Don Quijote, ha entrado en Yanquilandia un Quijote redivivo, un Quijote conciente y vocacional, un Quijote en quien la razón y la fe se acercan infinitamente, como la parábola y su asíntota, sin encontrarse nunca: Don Miguel de Unamuno.

Una de las primeras impresiones críticas que se ha dado, en lengua inglesa, del egregio pensador hispano, corridos más de dos años de la versión de *El sentimiento trágico de la vida* que prologara Maradiaga, nos la ofrece en *The Freeman*, magnífico semanario neoyorquino, Mr. John Gould Fletcher.

Mr. Fletcher considera a don Miguel como el más grande de los pensadores espiritualistas modernos. Comentando una observación escéptica de otro crítico acerca de la generación de intelectuales que ha arrojado lejos de sí las preocupaciones y los problemas espirituales, el articulista de «*The Freeman*» observa cómo en diversos países existen grupos de pensadores que a pesar de la guerra, a pesar de la «relatividad», a pesar de todo, insisten en perseguir lo que denomina *the hopeless and Victorian quest for universal, absolute laws of life* (1). Among them—agrega—*the greatest is a Spaniard*: entre ellos el más grande es un español, «un hijo de la tierra que nos dió al Greco y a Goya, a Loyola y a San Juan de la Cruz, a Cervantes y a Pizarro».

Este paladino reconocimiento de la soberanía mental de un escritor tan castizamente español como Unamuno

(1) La desesperanzada búsqueda de leyes universales de la vida de la época «victoriana», es decir, del tiempo de la reina Victoria, o sea de los Carlyle, los Ruskin, los Arnold.

y que tan vivamente vinculado se halla a nuestra cultura, tiene singular importancia para nosotros. Es muy significativo el triunfo espiritual de este hombre que desde hace más de treinta años viene nutriendo la mentalidad de esas dos grandes penínsulas que se extienden, una al sur de Europa y la otra al sur de Yanquilandia (aunque por fuerza de la imagen quede México—nuestro querido México—al margen). Y es más significativo aún que el reconocimiento de ese triunfo espiritual empiece a abrirse paso en el país donde gobierna Harding, el omnipotente apoderado de los magnates financieros e industriales de Wall Street, el retórico propagador de fermentados ideales pacifistas de Washington (1922), el jefe de un gobierno buro-pluto-crático que, desde la eminencia de la Casa Blanca, pretende desconocer y desautorizar los principios de gobierno genuinamente democráticos y humanos del más bizarro de los pueblos hispano-americanos.

Cuando la fuerza mental de hombres como Unamuno, genuinos productos de la raza y la civilización que han germinado en zonas desconocidas del mundo anglo-parlante, empiecen a imponerse a la estimación de las gentes del Norte; cuando la pujante, y en ciertos sectores generosa y sutil, cultura anglo-sajona empiece a tomar en consideración a hombres como Ortega y Gasset, (superior éste a Santayana, —notable filósofo, crítico y poeta de habla inglesa y de origen hispánico— según el escritor inglés J. B. Frend, actual estudiante de la *Residencia de Madrid*); cuando ya no sólo los críticos estudiosos, sino también los grandes públicos de la cultura inglesa y norteamericana, conozcan y estimen la labor intelectual de un Ayala, un Eugenio D'Ors, un Alomar o un Posada; cuando los hombres que desde